el electo elogiar diestramente al elector para que todo el mundo conozca el acierto de la eleccion, ó mostrar en comun una insuficiencia que con mas artificio descubra su propio mérito? ¿No es este, repito, el comun uso de los mortales? ¿No es esta la conducta universal del corazon humano en semejantes circunstancias? Pues ¿cómo la de los Evangelistas es tan diferente y tan contraria? ¿Cómo podrémos explicar este misterio? Diciendo y confesando de buena fe, que ellos escribieron el Evangelio por el movimiento y direccion de aquel divino Espíritu que ahoga todo amor propio en el corazon de aquellos cuyas plumas emplea en publicar sus maravillas.

11. Demos por último, amados cristianos, el golpe mas fuerte á los incrédulos, y el mas irresistible, á pesar de su ilustracion. Alegaré, pues, lo que es menos regular en el entendimiento humano. Quiero decir, la imparcialidad que reina en el Evangelio, y que jamás se desmiente desde el principio hasta el fin de esta obra verdaderamente divina.

12. Dadme un escritor desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. En vano os fatigaríais en buscarle. No le hallaréis fuera del Antiguo y Nuevo Testamento. Todo hombre que escribe naturalmente una historia, ordinariamente empieza formándose una idea de su héroe y sus compañeros, por lo que ha visto, leido ú oido decir de ellos, y los va pintando conformes á esta idea. Siempre los manifiesta segun los ha juzgado buenos ó malos; odiosos ó amables; dignos de estimacion ó de desprecio. Si no dice siempre con franqueza lo que piensa, lo hace percibir con tanta habilidad, que el entendimiento del lector queda sorprendido mas que si claramente lo explicase. En suma: todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion de los personajes que entran en su historia, y sobre todo del que en ella representa el principal papel. Él desea, él quiere, él procura que todos formen la misma idea: y ved ahí un principio universal por el cual todo escritor ni es ni puede ser absolutamente imparcial. Reflexionad ahora, cristianos mios, que los Evangelistas viajaron por el universo para dar á conocer á los pueblos á Jesucristo, se expusieron á mil peligros por Jesucristo, padecieron cárceles, tormentos y la muerte misma por Jesucristo, escribieron su historia por la gloria de Jesucristo, para que las naciones observasen su doctrina, para que le reconociesen y adorasen por Dios y

hombre verdadero. Ellos, en fin, amaban á Jesucristo como á su Maestro, como á su Salvador y á su Dios. Estas tres palabras lo dicen todo. Representaos ahora que os poneis en su lugar para escribir la historia de Jesucristo, que le veis como ellos le vieron, que le conoceis como ellos le conocieron, y le amais como ellos le amaron, y que vuestro designio es imprimir en vuestros lectores y en todo el universo los mismos sentimientos que vosotros teneis de aquel humanado Dios. ¿Podríais escribir vuestra historia sin llenarla de expresiones apasionadas, y sin dejar ver en cada página señales de vuestro interés, de vuestro celo, de vuestra admiracion, de vuestro amor por Jesucristo, objeto tan digno de todos estos afectos? ¿Podríais escribirla sin indignacion contra los que le prendian, escupian, azotaban y crucificaban? ¿Podríais escribirla sin horror contra la traicion de Judas, contra la ingratitud y crueldad de Malco, contra la hipocresía y envidia de los sacerdotes, contra la debilidad de Pilatos, y la ferocidad de los verdugos? En suma, ¿podríais escribir la historia de tan venerable persona sin elogios de su invencible paciencia, de su profundísima humildad, de su sabiduría divina, de su mansedumbre inalterable, de su caridad sin límites, y de su santidad sin semejante? ¿La escribiríais sin mostrar en los rasgos de vuestra pluma la indignacion de que estaba lleno vuestro corazon contra los que maltrataban al hombre mas bueno, mas cabal, mas justo que vieron jamás los siglos? Aparezcan aquí todos los incrédulos instruidos, y dígannos, si quieren hablar de buena fe, si esto es posible al corazon humano sin direccion inmediata del poder divino. Los siglos jamás lo vieron: los tiempos no lo encuentran, ni esperan verlo las generaciones venideras.

13. Ved ahí lo mas extraordinario que encuentro en el Evangelio: ni los milagros me asombran tanto como aquel aire de indiferencia é imparcialidad con que los Evangelistas, hombres los mas apasionados y amantes de Jesucristo, hablan de él, de sus enemigos, de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos y de ellos mismos. Los Evangelistas hablan de Judas, hablan de los príncipes de los sacerdotes, de Herodes, Caifás, Anás y Pilatos con aquella misma sencillez y serenidad con que hablan de Jesucristo: hablan de sus milagros como de su sufrimiento; de su gloria como de sus humillaciones; de su resurreccion como de su muerte; lo dicen todo, y nada hacen notar, ni hacen reflexiones, ni aun las insinúan sobre unos hechos tan raros, peregrinos y estupendos que las ha-

cen inevitables obrando naturalmente. Yo leo el Evangelio, y no las encuentro sobre la profundidad de la doctrina de Jesucristo, ni sobre la precision y hermosura de sus palabras, ni sobre la sabiduría y buen juicio de sus respuestas, ni sobre la grandeza de sus milagros, ni sobre su prodigiosa paciencia entre los tormentos mas crueles y los improperios mas infames, ni sobre la santidad heróica de su vida, ni sobre el modo maravilloso de su muerte y su gloriosa resurreccion. Yo leo el Evangelio, y no encuentro reflexiones sobre el nacimiento de Jesús en un establo, sobre la venida de los reyes del Oriente á visitarle, ni sobre su huida á Egipto, ni sobre la multiplicacion de los panes y los peces en el desierto, ni sobre la resurreccion tan ilustre y tan pública de Lázaro, ni sobre la ceguedad asombrosa del pueblo hebreo, ni sobre su espantosa maldicion en cargarse ellos y sus hijos con la sangre de Jesús que por envidia entregaban á Pilatos. Yo leo el Evangelio, y no encuentro en él á los Evangelistas: encuentro los hechos y dichos de Jesús: encuentro su doctrina y su santidad: encuentro un hombre que habla y obra tan sobrenaturalmente, que con toda evidencia le veo ser Dios; y encuentro un Dios padeciendo, que con evidencia le veo ser hombre. Leo el Evangelio, y hallo la historia de un Dios-Hombre escrita por los Evangelistas con la inspiracion de Dios.

14. Incrédulos instruidos, á vuestra razon apelo para que sea juez imparcial de nuestra controversia. ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio que aparecieron con el nacimiento del Cristianismo, y que el Cristianismo ha transmitido á nuestras manos en su integridad sustancial, pues cuando algun sectario ha tratado de suprimir ó alterar alguno de sus dogmas ó precepto grave de las costumbres, luego inmediamente se ha levantado en masa el Cristianismo entero, y le han hecho enmudecer con las decisiones conciliares y pontificias? ¿Serán verídicos, ciertos y auténticos los libros del Evangelio que publican los hechos que vieron los mismos escritores por sí ó por sus inmediatos maestros: hechos que ellos mismos predicaron, defendieron, confesaron en Judea y en Jerusalen delante de los gentiles y judíos, y por cuya verdad padecieron y murieron? ¿Quiénes cuando se anunció el Evangelio ignoraban los hechos que contenia? ¿Quiénes los contradijeron demostrando su falsedad y la impostura de los Evangelistas? ¿Serán divinos unos libros que no tienen semejante entre cuantos escribieron los hombres en toda la dilatada carrera de los siglos? Unos libros llenos de sucesos singulares, extraordinarios, inauditos, y que

superan todas las fuerzas de la naturaleza, todo el alcance del entendimiento humano, y todos los prestigios de la astucia, y que se escriben con una sencillez, con una seguridad y con una imparcialidad inimitables? Unos libros diferentes en sus autores, diferentes en su estilo, diferentes en el tiempo en que se escribieron, y diferentes en el idioma en que se publicaron; y conformes en los sucesos, conformes en los dogmas que enseñan, conformes en las personas de quien hablan, conformes en la doctrina que predican? No seais rebeldes á la luz: no oscurezcais sus brillantes resplandores con los miasmas, efluvios y vapores crasos que exhala la fétida corrupcion de vuestro corazon. Reconozca vuestro entendimiento la verdad, preséntela como amable á vuestra voluntad, y estas dos grandes potencias de vuestra alma os conducirán á vuestra verdadera felicidad. La gracia de Dios, sí, incrédulos, obrará este grande prodigio si vosotros la pedís con humildad, si la admitís con agradecimiento, y obrais con ella con resolucion. Incrédulo era Saulo, y cayendo se levantó fiel: incrédulo era Tomás, y tocando la verdad creyó: incrédulos eran los discípulos que iban á Emaús, y hablando el Señor y partiéndoles el pan, le creyeron. Caed como Saulo de vuestro error, id como Saulo á los discípulos de Jesús, y volveréis como Saulo justificados: tocad, palpad con vuestro entendimiento las razones indicadas, como Tomás las llagas del Salvador con sus propias manos, y seréis fieles: oid las palabras de Jesucristo en su Evangelio, comed aquel pan divino que en él se reparte, y confesaréis á Jesucristo por Dios y hombre verdadero.

15. Y vosotros, cristianos mios, recibid con todo agradecimiento y respeto esa carta de Dios enviada á los hombres: leed con reverencia el Evangelio, estudiad sus máximas divinas, creed sus venerables misterios, practicad sus preceptos y consejos saludables, esperad las recompensas que os promete, temed las amenazas que os hace, y descansad en los dulces brazos de la amable virtud de la obediencia á las sábias, justas y santas leyes que el Omnipotente os intima. Siempre me oiréis repetir que guardeis vuestro corazon de los desórdenes del pecado. Si este mónstruo horrible llega á dominaros, desde aquel triste instante os incomodará la pureza de una doctrina tan santa que pone freno á los pensamientos, dirige con rectitud las palabras, y pone en órden las obras. Incomodado vuestro corazon con los preceptos del Evangelio, desearéis que no existieran, empezaréis á dudar si es verdad que existen, y apoderada de las luces de vuestro entendimiento la corrupcion de vuestra vo-

luntad, negaréis abiertamente que existan, y os veréis por estos funestos pasos en el camino de la incredulidad mas presto de lo que vosotros mismos imaginábais. Creed al Evangelio : practicad la doctrina del Evangelio, y seréis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. El error domina mientras las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento... Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño... Nicolaitas, Marciones, Pelagios, etc.

2. Hoy no se niega un dogma, sino todos los dogmas. Se quiere barrenar por la quilla la nave de Pedro para sumergirla. Pero ¿quién podrá vencer ni aun resistir al piloto que la gobierna?

3. ¿Qué pueden decirnos los Evangelistas, dicen los incrédulos, sino puerilidades y pequeñeces despreciables?

4. Con qué, si probamos que la historia evangélica es la mas perfecta que el hombre puede concebir, podrémos esperar que los incrédulos dejen de serlo... Ofrecemos y pasamos á hacerlo de un modo invencible.

5. *Invocacion:* Dios mio...

6. Miremos á Jesucristo en el Evangelio, y le verémos con una sabiduría digna de sólo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios.

Punto primero: Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio, y hallarémos que sus leyes, sus preceptos, etc., son tan sábios, tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.

8. Dios crió al hombre ; este es su principio. Le crió para que le conociera, sirviera y amara en esta vida, y le gozara en la eterna : hé aquí su fin... Los incrédulos afectan no comprender estas verdades... No lo crió para vivir aislado, sino en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos.